

LOS PIENSOS COMPUESTOS: SU IMPORTANCIA

JOSE CARBALLO CAABEIRO

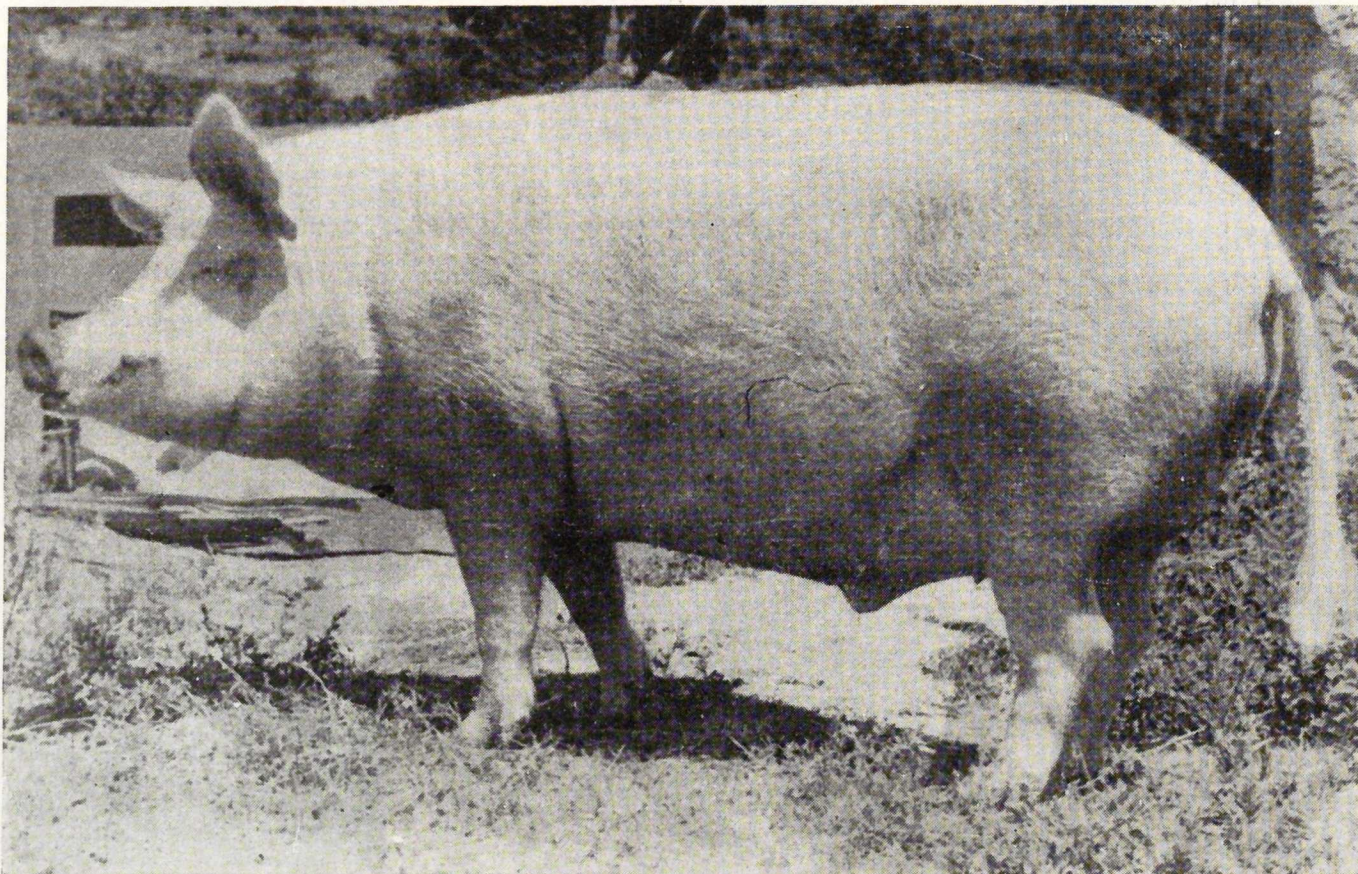
Ingeniero Agrónomo.

Desde hace pocos años se viene extendiendo con gran rapidez en nuestra patria el empleo de los piensos compuestos por los ganaderos. Como es natural en toda nueva industria de la sencillez aparente de la de los piensos compuestos, han existido fabricantes desconocedores ellos mismos de la complejidad del problema y con responsabilidad muy limitada, que han lanzado al mercado productos que no podrían recibir más que el nombre de granos molturados, en el mejor de los casos. Sin embargo, a pesar de los fracasos sufridos, debidos principalmente a esta ignorancia técnica primaria, el ganadero viene consumiendo cada vez mayores cantidades de piensos elaborados con arreglo a un conjunto de normas racionales y de resultados comprobados, a semejanza de lo que ocurre en los países de un nivel de vida más elevado.

Técnicos de todos los países han estudiado y estudian, cada vez con mejor base científica, el problema de la alimentación racional del ganado y la influencia de los diversos componentes de los piensos, con el fin de obtener mayor cantidad de productos de origen animal y ofrecerlos al consumidor a un precio

más económico. El conocimiento de los gustos del mercado, por un lado, y de los animales capaces de satisfacerlos, por otro, ha obligado a estudiar la alimentación más racional de los mismos con el fin de asegurar un suministro regular. Este estudio permite: un mejor aprovechamiento de las materias primas, una revalorización de los subproductos agrícolas e industriales y una mejora de las razas y estirpes ganaderas existentes en la actualidad, con el fin de mejorar el índice de transformación; por ejemplo, los kilogramos de pienso necesarios para elaborar un kilogramo de carne, o los kilogramos de pienso necesarios para producir una docena de huevos.

Nuestra patria, por razón de suelo y clima, tiene unas producciones naturales que son las que hay que aprovechar al máximo. La implantación de nuevos regadíos, que tienden a mejorar estas condiciones naturales y que permiten crear nuevas alternativas, nos permitirá disponer de productos que revaloricen nuestras producciones clásicas. El aumento de forrajes, la introducción de maíces híbridos, la extensión del cultivo de leguminosas, permitirán proporcionar al animal una ración más equilibrada, a menor costo. La



agricultura y la ganadería tienen que ir, más que nunca, de la mano para planear estas alternativas y extender aquellos cultivos que puedan producir valiosos complementos alimenticios a la ganadería. Para lograrlo tenemos que conocer en primer término las materias primas que actualmente producimos, su composición, su resultado en la alimentación, y luego mejorar su rendimiento por una selección genética y su poder alimenticio por tratamientos industriales de gran sencillez.

No es necesario producir una gran variedad de plantas, sino unas pocas, las mejores desde el punto de vista alimenticio y de mejor rendimiento agrícola, y dedicarse a su mejora. Así tenemos que en los Estados Unidos existen dos cultivos básicos solamente para la alimentación del ganado: el maíz y la soja. De entre todas las estudiadas, estas dos merecieron la atención especial de los técnicos, por su composición y por sus rendimientos, y los esfuerzos conjuntos se han orientado a su mejora genética y al aumento de rendimiento. Este cereal y esta leguminosa se complementan y forman a veces hasta el 70 y 80 por 100 de las raciones alimenticias en aquel país; es un ejemplo a tener en cuenta. Para empezar el estudio no conviene elegir muchas especies vegetales a la vez, pues el conocimiento exacto de su composición, su influencia en el animal y su selección supondrían un camino largo y costoso desde el punto de vista científico y práctico; debemos ceñir el estudio a unos cuantos cultivos que pudieran formar la base del racionamiento en nuestra patria. También debemos pensar que es obligatorio extender los mismos cultivos que en los Estados Unidos; España posee condiciones de suelo y de clima que quizá puedan aconsejar la elección de otras plantas, tanto en cereales como en leguminosas.

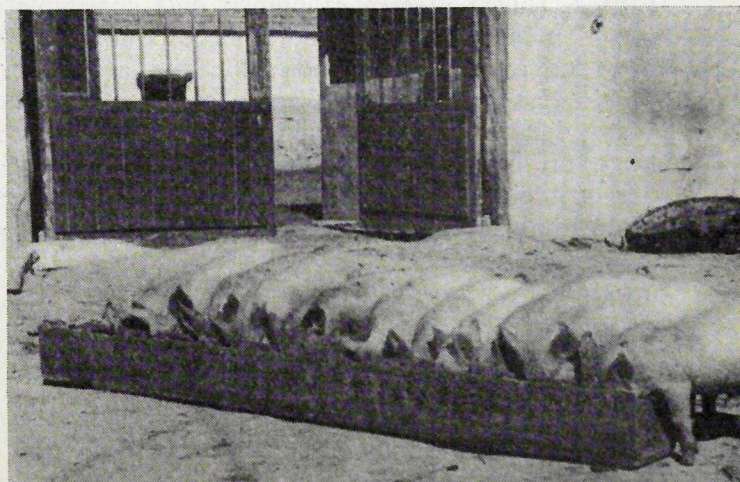
En cuanto a la revalorización de subproductos agrícolas e industriales, bien conocido es el precio que alcanzan ahora algunos productos considerados antes como subproductos y que hoy no pueden considerarse como tales. Así, tenemos, y sirva de ejemplo, entre otros muchos, el germen de garrofin, subproducto de la elaboración de sustancias espesantes de exportación fácil, que ha logrado una gran difusión entre los fabricantes de piensos compuestos. El empleo de otros subproductos está limitado en parte por su contenido en fibra, y, por tanto, en muchos casos depende su calidad y su valor alimenticio del proceso industrial previo a que han sido sometidos, como ocurre con los turtós de semillas oleaginosas. Otros subproductos vegetales, excesivamente ricos en fibra no digestible, no pueden incorporarse con éxito en una alimentación racional más que después de un proceso biológico o químico que efectúe una predi-

gestión de las sustancias celulósicas complejas. Así, modernamente se está desarrollando la industria de levadura alimenticia a partir de subproductos celulósicos vegetales de bajo valor.

Las industrias lácteas también pueden encontrar un mercado para colocar sus excedentes o sus subproductos de elaboración.

Entre la revalorización de productos de otro origen citaremos, como el de mayor importancia, sin duda, el de las harinas de pescado. La introducción, con éxito, de las harinas de pescado en la alimentación animal ha creado una próspera industria de grandes posibilidades en nuestra patria, debido a la gran longitud de nuestras costas. Estas fábricas, estratégicamente situadas, nos permitirán aprovechar al máximo los residuos de nuestra industria conservera, de tanta importancia, y absorber el excedente que aparece en cierta época del año, produciendo, además, una regularización del mercado del pescado y absorbiendo aquellas especies menos aptas o menos solicitadas para la alimentación humana. El aprovechamiento racional de esta fuente de riqueza permitirá siempre disponer de un *stock* importante, y lo único que debe procurarse es el mejoramiento y modernización de esta industria, ya que la recuperación de los aceites de pescado y de los solubles permitirá disponer de una harina de pescado integral con bajo contenido en grasa y un valor alimenticio excepcional. Es decir, dentro de la elaboración de piensos intervendrán tanto las harinas elaboradas a partir de pescado entero como de residuos de la industria conservera, cada una con su valor peculiar, que dependerá de su riqueza por la materia prima empleada y de su digestibilidad y esterilidad según el proceso de elaboración. No es aventurado afirmar que podemos en nuestra patria, con un aprovechamiento racional, introducir en la ración alimenticia una proporción de harina de pescado similar o superior a la de otros países.

Los residuos de mataderos encuentran también hoy una amplia utilización, ya que la necesidad de introducir proteínas animales en la ración alimenticia hace que los mataderos encuentren fácil salida a todos sus subproductos, y se debe inducir a los mismos a una mejora de sus instalaciones para un aprove-



chamamiento más racional y completo de los mismos.

En fin, la elaboración de piensos compuestos tiende al máximo aprovechamiento de los subproductos vegetales e industriales nacionales, abriendo nuevos horizontes a ciertas industrias y motivando la modernización de otras.

* * *

Después de haber indicado, aunque no sea más que someramente, la importancia manifiesta de los piensos compuestos en la revalorización de subproductos diversos y en el desarrollo agrícola e industrial de nuestra patria, vamos a tratar del empleo de los mismos por el ganadero.

Como es natural, únicamente nos referimos a aquellos piensos que reúnen unas condiciones mínimas, es decir, que poseen una riqueza detallada en principios inmediatos: hidratos de carbono, proteínas y grasas, un equilibrio en sustancias minerales, vitaminas, aminoácidos y antibióticos.

Estos piensos, con un contenido mínimo señalado en la etiqueta y aprobada su composición y venta por los organismos correspondientes del Ministerio de Agricultura, han sido elaborados para animales que puedan sacar el máximo provecho de los mismos. Es decir, el ganadero deberá poseer una raza selecta, ya que si no puede ocurrir que el nuevo pienso sea antieconómico. En nuestro país tenemos razas de gran rusticidad y sobriedad, pero de pequeño rendimiento, es decir, son en general de lento desarrollo, adaptadas a la falta de alimentación, y carecen a veces de la suficiente capacidad de desarrollo al consumir alimentos más completos. Pero toda la producción económica ha de basarse, no en poseer animales de poco consumo, sino que ha de orientarse al costo por kilo producido, si se trata, por ejemplo, de animales destinados a engorde. Interesa, pues, que dentro de cierta rusticidad el animal engorde rápidamente con la menor cantidad de pienso posible, no que sobreviva con los piensos naturales. Son varias las exigencias que ha de satisfacer: exigencias del consumidor y exigencias del industrial (matadero). Por tanto, lo primero que ha de hacer un ganadero es procurar elegir aquella raza que dentro de las condiciones climáticas y de suelo pueda satisfacer a las más importantes. Luego elegirá el pienso más económico (no el más barato), es decir, aquel que le permita crear un kilogramo de carne al menor precio. La forma de realizarlo es bien sencilla y conviene acostumar a todo ganadero a que lleve un buen libro de contabilidad para poder enjuiciar debidamente su negocio. Si parte de animales jóvenes, las necesidades alimenticias

de los mismos variarán con la edad, es decir, una alimentación racional exige ir cambiando sucesivamente la composición y la cantidad de la ración alimenticia. Al principio, el aumento de peso será mayor por kilogramo de pienso, pero éste también será más caro, pues tiene que ser de mejor calidad. A medida que se desarrolla la cantidad de alimento, aumentará, pero el precio unitario del alimento será menor; por tanto, el ganadero deberá pesar regularmente el ganado y engordarlo sólo hasta el límite económico, es decir, hasta que el kilogramo de carne vendido en el mercado le resulte superior al precio necesario para crearlo. Hoy, pues, la ganadería es una industria cuyo control ha de realizarse eficazmente, ha de fijarse menos en el aspecto más o menos estético del animal y más en el resultado económico logrado por vía objetiva. El animal es una pequeña industria de transformación de productos vegetales de poco valor en productos animales más apetecidos, de mayor precio. Se han de lograr, pues, unos rendimientos mínimos, y ha de llevarse una contabilidad adecuada que nos permita conocer: cantidad de cada alimento facilitado al animal y resultado logrado. El costo de los piensos, en una producción racional, debe oscilar entre el 70 y el 80 por 100 del costo total.

La importancia desde el punto de vista nacional es mucho mayor. Para ello lo mejor es poner un ejemplo aclaratorio.

Supongamos que un ganadero verifica el cebo de sus cerdos con cebada casi exclusivamente, y viene a consumir unos cinco kilos de cebada por kilo de carne engordado por el animal; es decir, un kilo de carne emplea cinco kilos de cebada de la producción nacional. Si emplea pienso compuesto en que la cebada puede entrar solamente en el 30 o el 40 por 100 de su composición, para engordar un kilo necesitará el animal unos 3,5 kilos de pienso compuesto solamente, de uno a 1,4 kilos de cebada; es decir, de tres a cuatro veces menos que anteriormente. Así, se ha mejorado el índice de transformación, se ha logrado consumir de un tercio a un cuarto de la cebada y se ha dado entrada a otros productos. Es decir, con la misma cantidad de cebada se pueden producir de tres a cuatro veces más carne que anteriormente. Además, por ser ración más equilibrada la proporcionada por los piensos compuestos, se ha mejorado también la calidad de la carne producida.

Por todo lo indicado, no es de extrañar, pues, que en pocos años el consumo de piensos compuestos en España haya alcanzado una cifra muy superior a las 300.000 toneladas anuales.